

Sebastián Huber

Dramaturgo y director. Licenciado en Teatro por la Facultad de Arte de la UNCPBA, en 2008 fue becado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo para realizar estudios de posgrado en la Universitat Autònoma de Barcelona.

En la capital catalana formó parte –como dramaturgo- del colectivo LA minimAL: Teatre sistèmic, que llevó adelante su laboratorio de creación en el Obrador Internacional de Dramaturgia de la Sala Beckett dirigido por Daniela de Vecchi y coordinado por el dramaturgo español José Sanchis Sinisterra.

En Argentina había dirigido *La escuálida familia*, de Lola Arias, y *LuzazuL*, de Rakhal Herrero. En 2012, en el Institut del Teatre de Barcelona, estrenaría *Certes Mentides*, del catalán Enric Rufas y *Viento*, de propia autoría.

Como actor fue “Michael Expósito” en *El líquido táctil*, de Daniel Veronese y encarnó a “La Estela Maris” de *Cucha de almas*, de Rafael Spregelburd; interpretó a Peter el Rojo en la adaptación al teatro del *Informe para una Academia*, de Franz Kafka.

A comienzos de 2013 realizó una residencia en el Institut de Recherche en Etudes Théâtrales IRET de la Université Sorbonne Nouvelle, Paris 3, en el grupo de investigación que dirigiera el profesor Jean- Pierre Sarrazac.

Se formó en Dramaturgia con Mauricio Kartun, Patricia Suárez y Ricardo Monti, y luego realizó seminarios de Dramaturgia con Larry Tremblay, Rafael Spregelburd y Carles Batlle, entre otros.

Su primera obra se llamó *48 entre 11 y 12. Conmoriencia*; resultó premiada en el Concurso de Autores Tandilenses 2007 y se estrenó al año siguiente en la sala La Fábrica de la ciudad de Tandil. En 2012 vendría el estreno de *Viento* en la Asociación de Performers, Artistas y Poetas Asociados de Barcelona, con dirección del autor; la obra sería reestrenada en 2013 en Tandil, y en 2014 la llevaría a escena el director David Eudave en Guanajuato, México.

En 2013 recibe la Beca para Escritores del Fondo Nacional de las Artes, y lleva adelante un laboratorio de creación que durante siete meses investigó sobre los límites de la abstracción en el teatro. Fruto de ese trabajo escribe y pone en escena *Especie*, obra que resultaría

elegida para ser exhibida en el Curso Introdutorio para ingresantes 2014 de la Facultad de Arte de la UNICEN.

Su cuento *Esse cliente de todos os días* fue premiado en el concurso Contos no Mediterráneo organizado por el Instituto Camões de Barcelona. Su monólogo *Mimos de perro subterráneo* fue premiado en el 1º Concurso Nacional de Micromonólogos organizado por la Facultad de Arte de la UNICEN.

El gesto múltiple, escrita en esporádicos ataques entre 2008 y 2012, hasta el momento inédita, sale a la luz en 2014.

El gesto múltiple

“Aun así, las reacciones de los adultos se mezclan y equilibran dentro de sí mismos.

Los problemas surgen cuando el juego de equilibrio entre ambas posiciones se cristaliza en una actitud predominante...”

(Según convención de la notación dramática. Didascalia inicial. Presenta a los personajes. Describe el espacio escénico. El estilo escueto es norma en muchos y muy diferentes autores; no obstante, muchos otros se ocupan aquí de describir largamente y con toda precisión la escena. Como el ritmo de la lectura de una obra es algo que bien vale la pena proteger, la cantidad y detalle de las descripciones quedan a criterio de cada uno.)

1.

- ¿Y cuál es la diferencia entre uno y otra?
- Depende.
- ¿Interrogación o entrevista?
- ¡O charla!
- Desigual.
- A veces.
- ¿Ahora?
- No, ahora no.
- ¿Seguro?
- No.
- ¿No qué?
- Seguro que no.

- ¿Que no qué?
- Que no lo puedo asegurar.
- Ahí está.
- Ahí está.
- ¿Nunca?
- No preguntes más.
- Me dijiste que lo hiciera.
- Te dije que podías.
- Yo no te dije que podías...
- Pero yo no lo puedo evitar.
- ¿Y entonces?
- Que eso es así.
- ¿Y entonces?
- Entonces nada.
- ¿Vos te escuchás?
- ¿Y vos me escuchás?
- Casi siempre.
- Es poco.
- Empecemos.

- El cartero tocó dos veces el timbre y esperó; se sentó sobre el caño de su bicicleta y esperó. Sobre el caño de su bicicleta azul de cartero, pesada, de caños gruesos y maletas a los costados.

- Sí. Lo de siempre.

- Se abanicó con la gorra, porque en esa vereda da el sol toda la mañana y a las once se pone insoportable. El reflejo sobre las paredes blanqueadas a la cal impide ver con nitidez, pero las pantuflas de la mujer que abrió la puerta aparecieron justo para impedir -patada mediante- que un gato regordete se escapara de la pensión.

La mujer recibió el sobre casi sin mirarlo a la cara (a Él, se entiende); mantuvo la vista cerca del suelo y se cerró la bata color crema con la mano izquierda, a la

altura de la teta.

Tenía cara de dormida, los ojos hinchados y el pelo aplastado. No tiene mucho pelo, tiene poca densidad...

- El tipo de pelo largo. Cuidado los tiempos. Mi café corto. Contame cómo es.

- Estaba...

- Cerrá los ojos. Concéntrate en la llovizna.

(Pausa)

- Un mechón le cae sobre la cara cuando le firma el papel al cartero... medio cuerpo hacia afuera y el resto tapando el espacio entre la puerta y la pared. El cartero se fue...

- Cerrá los ojos, concéntrate.

- ... se va, ella ve pasar un ruidoso colectivo y cierra la puerta con llaves.

(Nunca se hablaron.)

(Pausa. Sus ojos bailan detrás de los párpados)

- Ahora camina por el pasillo hacia su casa, con la carta en una mano y el gato en la otra. Se le ve una teta.

- Se le ve una teta...

- A lo largo del pasillo... paredes descascaradas y descuidado, como esos lugares que no son de uno ni de otro sino que son de todos y de nadie a la vez... hay bolsas de basura ya chorreando, chorreando ese jugo marrón que es mezcla de muchos jugos. Cuando entro a su casa suelta al gato, que cae parado, traba la puerta y se saca lagañas de ambos ojos.

(Pausa)

Queda un momento parada, ahí, en silencio, hasta que se decide a correr la cortina y evitar así la única entrada de luz natural, de sol, y prende la luz amarillenta de la cocina.

- Casi todas las mesas vacías.

- Hay una mesa con mantel de plástico celeste con motivos floreados, dos sillas y cuatro gatos que se mueven con libertad por todos lados. La luz ilumina, básicamente, sólo la mesa; el resto de esa cocina está en semipenumbra. La caja de las piedritas – el inodoro gatuno- se escucha pero no se ve.

- ¿Y la empleada?

- Se escucha el escarbar de un gato que tapa lo que hizo. Otro camina por la mesada entre platos que quedaron sin guardar y platos que quedaron sin lavar.

- No pares.

- Cuando la mujer abre una de las puertas de la alacena, los cuatro empiezan a maullar sin parar, a pasársele entre las piernas y a subir y bajar de sillas, mesa y mesada. Por fin les da en el piso y ahí se quedan. Ella prende una hornalla, pone una sartén al fuego y adentro un chorro de aceite, saca de la misma puerta otra bolsa, echa un poco de maíz en la sartén y la tapa, todo con el sobre siempre en la mano izquierda. Baja el fuego a mínimo, deja el sobre en la mesa y se sienta a peinarse con un cepillo frente al espejo de mano que había sacado de un cajón de la mesa. Se cepilla, saca con la mano un mechón como muerto y lo deja ahí, lejos. Hace esto tres o cuatro veces.

- Creo que el espejo ya está roto...

- Hay olor a aceite.

Ella se pone una hebilla para sostener el mechón rebelde. Los gatos comen. Deja el cepillo. Saca un rouge del bolsillo de la bata. Se pinta la boca.

Hay olor a fritanga.

Los gatos siguen comiendo.

Ella se delinea los ojos y deja los maquillajes sobre la mesa.

- ¿Al medio el sobre, a la izquierda los mechones de pelo, a la derecha los maquillajes y el espejo de mano?

- Hay olor a humo.

Agarra el sobre, lo mira, lo da vuelta, lo mira a contraluz. Lo abre por uno de los lados, saca lentamente el contenido (un papel) y mientras lo desdobla se escucha la primera explosión. (*Suenan explosiones*)

El papel está abierto frente a su cara, los pisingallos explotan. Ella lee.

- Seguí.

- Un gato se sube a la mesa de un salto y ella, sin despegar la vista del papel, lo baja con un revés seco a la trompa. El gato cae mientras grita, los otros gatos se asustan, el maíz explota y ella lee.

- No pares.
 - El humo llena la habitación. Ella deja el papel, se levanta, apaga el fuego, abre la puerta para que los gatos salgan y la vuelve a cerrar.
- Se sienta.
- El último maíz se convierte en pochoclo.
- Y una gota negra le surca la cara.
- Tomá, secate.

2.

(Hace un gesto múltiple, que de a poco compromete a todo su cuerpo. Hay perros).

- Tengo algo en mi cabeza dando vueltas (o quizás no, y sólo está ahí ubicada). Sin dar vueltas. Alojada en mi cabeza.
 - Vamos.
 - Colores desde acá hacia allá: gris el asfalto, marrón claro las baldosas de la vereda, verdes las rejas del portón y también –ya en propiedad privada- la fila de árboles...
 - Mientras me ducho me suele pasar que pienso a grandes velocidades, a ciento ochenta a veces.
- ... casi negros los adoquines de la entrada para el auto, y al fondo un perro durmiendo bajo el alero.
- ¿La distancia?
 - Al fondo.
 - La tinta mancha mis dedos. (Llueve frente a la ex casa de Gonzalo).
 - El perro, marrón; la pared de la casa, suavemente amarilla; las tejas, color teja mojada.
 - “El tiempo es la mayor distancia...”

Hacia tres meses que no llovía, y hacía veinte años que no se registraba terna sequía en la zona.

- Alguien dejó crecer en mí esta historia, una mosca me dejó sus huevecitos prestos a nacer y comer en mí. Anoche, cuando Gonzalo entró al bar *Lisboa* a comer una pizza, las nubes ya anunciaban lo que se avecinaba; el clima estaba “cargado”...

- Alguien oye un disparo y es tan cerca que ya no oír nada más.

(así dice la gente cuando le parece que va a llover torrencialmente; los viejos andan doloridos de las articulaciones, los perros duermen panza arriba, y entonces hay que prepararse para el aguacero. Clima “cargado”).

- Hacía veinte años.

- A ciento ochenta.

- Después, los viejos de la calle también huelen a perro mojado.

- Cuatro personas; tres. Cuatro personajes.

- Hoy, todavía a las seis de la tarde de hoy, las veredas siguen mojadas. La lluvia no empezó de a poco anoche, no hubo la clásica “se levanta viento- caen unas gotas- llueve”, no...

- Tengo el recuerdo de perros que gritan mientras corren. A gran velocidad.

... de repente, como si se hubiese roto un dique en el cielo, literales chorros de agua empezaron a caer sobre la ciudad. La gente reaccionó: algunos corrían a meterse debajo de los toldos de los negocios, para esperar a que parase y poder seguir camino hacia el trabajo; otros, los resignados, simplemente caminaban bajo esa casi catarata, chapoteando en la corriente que se forma en los cordones y las cunetas.

- P4R. P4R. C3AR. C3AD... y sigue.

- Frente a la seriedad de quienes esperaban bajo los toldos, varios de los resignados llevaban sonrisas y ofrecían su cara al cielo.

(La notación es a la antigua)

- Corremos en un presente doble, el de ahora y el de su ensoñación.

- A partir de ese momento el caudal fue decreciendo –aunque muy gradualmente- hasta ser esta llovizna que amerita que el Renault blanco de Gonzalo tenga el limpiaparabrisas funcionando en el preciso instante en que se estaciona frente al portón de la casa.

- Afuera el ruido debe ser ensordecedor.
- Esa copiosa lluvia duró hasta las seis de la mañana; después, hasta el mediodía, se diría que “llovió”, y de ahí en más ya sólo fue llovizna permanente. Hasta ahora.
- Y dedos entintados en jabón mezclan colores que manchan.
- Llovizna. No moja fácilmente sino que molesta, lo suficiente como para que el dueño del quiosco de revistas que está sobre la vereda de la casa haya resguardado la mercadería con nylon, plásticos, ya que - por el viento- con el techito no alcanza.
- Dedos.
- Se oye el ruido del batir del plástico, que ondea y da latigazos en una punta, desprendido el broche que la sostenía. Revista mojada: a la blonda chica Playboy de la tapa se le arrugaron las piernas. Edición- Deshacer.
- A unos metros, más regular, menos sujeto a las órdenes del clima, el limpiaparabrisas del auto va y viene, espera, va y viene, espera, va y viene, y así mecánicamente. A la ida es casi mudo, patina en las gotas que se posan sobre el vidrio, y a la vuelta chirría un poco en la sequedad.
- Le cuesta un poco al motorcito que lo acciona, debe ser viejo; el Renault, por la apariencia, debe ser modelo ochenta y pico. Está un poco roto, con masilla en varias partes de las puertas y el capot. Pintado sobre los arreglos. Como la playmate de marzo.
- Gonzalo- Gonzalo se baja del auto, cierra de un portazo (de dos, ya que en el primero la puerta quedó mal cerrada) y va rápidamente a guarecerse bajo el techo del quiosco de revistas, que está a la derecha del portón. Se mueve rápido porque no tiene paraguas.
- Me ducho a ciento ochenta.
- Antes de llegar a la entrada de autos, ahí donde la vereda es asfáltica, una baldosa floja le salpica el pantalón. Sigue. Cuando pasa frente al portón, a las puteadas, el perro que está del otro lado levanta las orejas, atento, y se acerca corriendo hasta las rejas. Cae la lluvia. Se para en dos patas y saca el hocico lo que más puede.
- Tintas.

- En el quiosco no hay nadie, el dueño debe haber ido a hacer un mandado, o algo así. Gonzalo, bajo techo, se acomoda un poco la ropa; el piloto gris se le vuela.

Pausas.

- Viste debajo un pantalón de jean muy limpio, un poco gastado y lo bastante arrugado como para pensar que lo lavó a mano por un hombre que lo secó en un tender cerca del calefactor, un hombre que no sabe planchar. Alisa una arruga de la botamanga. Saca un pañuelo, se mira la pierna y limpia la salpicada con esmero.

(Pausa)

A tres metros, el perro mueve la cola entusiasmado, parece que no le importa estar mojándose. De repente va corriendo hasta adentro y rasca la puerta de la casa.

(Tiempo)

- Gonzalo, en la vereda, termina de acomodarse y mira de cerca una revista de ajedrez; levanta el naylon y lee la tapa. Parece que le gusta el juego ciencia. Después (no hay a quién comprársela) va hasta el portón. Mira por un momento el frente del paredón antes de pararse cerca del timbre; cuando levanta el dedo, el perro (un labrador color chocolate) llega corriendo y le ladra.

Gonzalo- ¡Poco! ¡Hooooo! Poco...! (Lo saluda mientras lo acaricia con mucho cariño). (Pausa)

- El perro se sale de sí de alegría, le lame las manos. ¡¿Qué hacés Póooo...?! Agachado frente a la reja, Gonzalo mira hacia adentro de la casa. Se levanta y da dos pasos a la derecha hasta el timbre, sin dejar de jugar con el perro, que lo sigue desde adentro. Se está mojando.

Gonzalo- ¡Andá, andá para adentro; andá para allá! (El perro le obedece y se va a acostar debajo del techo del porche, sobre una manta marroncita que hay doblada). Y desde ahí le mueve la cola.

- Te dije que el clima estaba cargado.

Gonzalo- (En voz baja) Andá, que si estás mojado te van a hacer dormir afuera. (Se cerciora de que no lo estén viendo, junta saliva, escupe en el piso y entonces toca timbre. Como si lo hubiese olvidado, pone su mano derecha delante de la

boca y echa el aliento, con lo que parece corroborar que no huele a podrido).

- La historia en mi cabeza se moja y se rompe como el papel mojado. Leo la tinta corrida en el papel de mi cabeza.

- ¡Capaz que huele a podrido!

- Se descorre la cortina tras la ventana, a diez metros del portón, y un nene rubio como de siete años sonrío y lo saluda, ampliamente. Gonzalo lo saluda desde acá, y el perro viene corriendo pensando que el gesto era para él.

El nene- (Abre un poco el vidrio y grita) ¡Mamá ya viene, está en el baño! Mirá, ¡se me cayó un diente antes de ayer!

Gonzalo- ¡Uy, mostrame, a ver... Uh, mirá... parecés el abuelo!

- ¡Sí, pa! ¡Como un viejo! Ah, y me dieron notas el otro día...

- Cierro la ducha, cierro los ojos. Me está dando frío. ¡Desaceleración!

- Mientras, el perro va y viene de la ventana a la reja, ladrando y moviendo la cola. La mujer abre la puerta y desde allá pregunta “¿Qué querés?” Asoma menos de medio cuerpo. “*Hola. Lo quiero llevar a Juani al club; hoy entrena la primera. Él quería verlos...* (Pausa) *Me dijo que le dieron el boletín... ¿Se sacó buenas notas? ¿Cómo anduvo?*”

- El agua está fría, me hace temblar, hace que se me escape un quejido. Ducha.

- “*Mirá... prefiero que no. El juez dijo que fin de semana por medio, ya te dije*”. “*¡Una vez...!*” “*No empieces otra vez, Gonzalo*”, sentencia la mujer. “*¡Pero...! es lo mismo..., lo cambiamos. Después se queda dos finde seguidos acá en casa si querés...*”

- Ella sale a la intemperie así como está, disparada, con una blusa, pantalón pijama, ojetas y toalla en la cabeza, y se acerca caminando enfurecida hasta la reja. Le habla a Gonzalo desde muy cerca, enérgicamente; no se percata de que se está mojando. “*¿Qué decís “en casa”? Es en “tu casa” o en “mi casa”. Sacando a Juani, ya no hay nada que sea “nuestro*”.

(Tiempo)

Esta es “mí” casa. Y la orden del juez dice que esta semana está conmigo, en esta que ya no es tu casa, ¿¿¿estamos???

(Pausa)

Gonzalo hace un gesto múltiple, que de a poco compromete a todo su cuerpo: echa la cabeza hacia atrás, muestra las palmas de las manos hacia arriba, hunde los hombros; lo mismo que si hubiese sacado una bandera blanca y la estuviese agitando.

(*Tiempo*)

Al ajedrez, siempre prefirió jugar con negras, a la defensa se sentía cómodo. Contraatacando. Ahora, frente a su ex mujer, no se resigna a tirar el rey; debe creer que hay en el fondo todavía una chance para él. Le da para estar ofreciendo tablas.

- Ese es el gesto.

- Pongo un pie dentro de la bañera.

- En eso pasa el kiosquero, que escuchó muy poco pero saluda haciéndose el que no ha escuchado nada y va a meterse tras los revisteros. Gonzalo achica el gesto, baja la voz. “*¿Podemos hablar como dos adultos? Siempre fuiste una mina inteligente...*”

(*Pausa*)

- Rechazar una propuesta de tablas (al ajedrez, “empate”) es siempre una satisfacción; aunque a uno no le convenga del todo, a veces lo hace de jodido, por el desprecio nomás. ¿Entendés? No es el caso de Ana, que como toda respuesta le tira “*¡No me hinches las pelotas!*”.

Gonzalo- Esa blusa siempre te quedó linda, te marca la cintura. (Golpe exacto; era el momento; sin pensarlo; manotazo de ahogado).

“*Andate Gonzalo*”.

- Estoy tragando agua, la ducha ya está cerrada; sigo tragando agua.

- Los que saben jugar ajedrez tienen un dicho: “Las únicas no se piensan”. El gesto en los dos se endurece.

(*Pausa*)

- Llovizna. “*Te voy a hundir. Te voy a dejar en la calle por hija de puta, ¿entendés?*”

- Las únicas no se piensan.

- Por puta sucia.

- El nene llega corriendo; se puso botas de goma que le quedan grandes, y una

campera plástica. “¡Pa, mirá, ¿ves? Y este se me mueve!” y con un dedo se toca el colmillo superior izquierdo.

- Juan, dale un beso a papi que ya se va, dale. Y vamos para adentro que está lloviendo. (Lo levanta en brazos). “No, pa, quedaaatee...”

(Ana mira a Gonzalo con cara de “ni se te ocurra”)

Gonzalo- Otro día Juani, hoy no me puedo quedar, pero la próxima sí.

“Chau pa” (Beso por entre las rejas).

Gonzalo- “Chau hijo, chau”.

(Pausa)

- Padre e hijo se saludan mientras la madre se lo lleva. Por arriba del hombro de su madre, Juani saluda a Gonzalo con una mano y se toca la boca con la otra. Cuando entran, todo en la vereda es silencio.

(Tiempo)

Ya dejó de lloviznar. El chirrido del limpiaparabrisas trabajando en seco, va en aumento. Nadie se asoma desde la ventana. El tipo del quiosco de revistas sale y mira el cielo. Gonzalo parece incomodarse de golpe y se mete en el auto. Prende el motor, arranca y saluda a la pasada con un bocinazo cortito. Se frena, hace marcha atrás y compra la revista de ajedrez, que se llama “Torre blanca”. “La del mes pasado no te la pagué, ¿no? Anotámelas a las dos”. Y se va. El quiosquero mira el cielo, mira la hora, y comienza a guardar las revistas.

- Me saqué la ropa. Abro la ducha; necesito pensar. En un frío helado.

3.

Excelentísimo señores...

(Pausa)

No.

Así decía un amigo al comenzar, y yo lo repetí luego muchas veces, para entender qué le pasaba.

Pero empiezo de otra manera, sentado también.

Estoy sentado -estaba sentado- y era la hora en la que entraba menos gente. Había pedido mi café con leche inocente; disfruto del silencio y de un libro que ni vale la pena que recuerde.

Hay un tipo más, con pelo largo; y la que atiende, almorzando.

Está al fondo.

Yo casi no veo al tipo, no desde acá, y a ella sólo si me levanto y voy caminando hasta la vitrina de la comida.

Igual me acuerdo.

Pero no voy hasta ahí, no tengo motivos para hacerlo.

Ahora estaba pensando que el tipo se hacía el que trabajaba.

En realidad quiere algo con la empleada que almuerza.

Tiene dos revistas y el pelo un poco largo. Y mide uno ochenta.

Su silencio es el de los tres, hasta que entra una a comprar algo.

Intro.

Yo imagino que es a comprar algo, porque ella no dice nada.

No dice ni buen día, ni buenas tardes.

No sé qué tendría que haber dicho ella si fuese un poco menos *así*, porque a esta hora se aceptan ambas formas, indistintamente.

Qué feo aspecto que trae...

Como nadie, excepto yo, se ha percatado de su presencia, se queda un rato a la espera. No rompe el silencio, pero sí.

Nadie la registra.

Yo leo.

Yo pienso en decirle algo, "buenos días", por ejemplo, pero no le digo eso porque no sé si estará bien a esta hora.

Si será lo indicado.

Pero me incomoda, ya no puedo volver al libro, ahora estoy pendiente de lo que pase hasta que se vaya.

Ahora pienso en decirle que no la atienden y que eso es también una falta de respeto, aunque haya sido ella la que, con su interrupción de lo que estaba pasando, rompiese el equilibrio en el que nos manteníamos.

Intromisión.

Tengo ganas de decirle que por qué no hace valer su estatus de cliente potencial, aunque sepa que va a comprar poca cosa, que se lo merece.

Misión.

Le digo "No te atienden".

¿Estará recién levantada?

Intro.

No te atienden.

¿Qué?

Que no te atienden.

No.

Qué poco verbosísima resultó la idiota, así no va a lograr hacerse notar.

Debería gritar.

Tengo que hacerla gritar. Pienso en una misión.

Mejor le digo "¿No te atienden?"

La pregunta es menos violenta, ella no lo interpreta como una observación, sino que encuentra que yo tomo parte y la apoyo frente a un posible reclamo.

No quedarse con las ganas de preguntar.

Simulo leer.

No, no me ven.

¿Por qué no le gritás que venga y haga su trabajo?

La estoy mirando a los ojos.

Esto último no le ha gustado mucho, pero se lo piensa.

Afuera está lloviendo, y las mesas que normalmente están en la vereda hoy ocupan casi todo el espacio de adentro, apiladas y mojadas.

Leo.

Chorros de agua.

Parece que piensa.

Yo casi no tengo por dónde pasar. Si quisiera ir a pedir algo se me complicaría.

El tipo sigue ahí.

Debe leer necrológicas.

Vuelvo al libro que ya dije.

La tipa no sabe que el otro y la empleada tienen algo.

Yo sí.

Por ahora no digo nada. Prefiero venir a leer a esta panadería- cafetería, porque entra el sol y hay silencio.

Aunque a veces interrumpen.

Mejor le digo que haga algo, que salga y vuelva a entrar, golpeando la puerta.

Que tome represalias.

El tipo se ríe en silencio.

¿Le darán risa las necrológicas?

O, mejor, le digo que salga y vuelva a entrar, pero con su coche si es que tiene, que entre directamente y haga el pedido desde el coche, como en los Mc Donalds de las películas gringas.

Que tenga cuidado de no lastimarme a mí, el resto que se curta.

¿Por qué no...?

Podría ir al baño justo antes, aprovechar para desaparecer un momento y que ella haga lo suyo, pero no quiero perderme esta página, estoy en una parte interesante, justo ahora.

A ver qué pasa.

Ayer, el mismo tipo pagó con moneditas su cafecito y la empleada sonriente le recriminó medio en broma que por qué nunca dejaba propina, medio en serio *ni cinco centavos* le dijo, y él le contestó que por qué ella nunca le hacía una rebaja, que él era pobre, que era profesor y que para cuándo una rebaja.

Les enseñan a ser así desde chiquitos.

- ¿Estás en auto?

- ¿Qué?

Desde chiquitos les enseñan a ser así.

Hoy vi a un nene gordo -cuántos nenes gordos que hay, antes no había tantos- que estornudaba como un adulto.

- Nada.

Y me imagino que estornudaría como su padre, que es el adulto al que uno más

veces ve estornudar, y al que intenta parecerse.

Antes no había tontos.

Que el niño intente parecerse a su padre es normal, y es su problema, pero así se les van pegando los hábitos malos, no es que todo se aprende en la escuela. Le copian el estornudo al padre y cuando quieren acordarse ya están copiándole otros vicios más feos.

Como querer conquistar desde la indiferencia a la pobre panadera que almuerza en el trabajo para ahorrarse una comida, aunque eso sea tener que comer grasa y carbohidratos de los llamados “malos” que lo que hacen es aumentar los niveles del colesterol del llamado “malo”.

O como no saludar al entrar a un lugar, aunque sea a un lugar un poco impersonal como este.

¿Qué es un lugar impersonal?

Uno como éste.

Le pregunto ¿Qué es un lugar impersonal para usted? Y me mira como no entendiendo ni la pregunta ni el idioma.

¿Qué?

Ah, el idioma sí, ahora sí.

Que por qué no saluda. Y por qué no la atienden.

¿No sería mejor salir y volver a entrar, pero en coche?

No me mira más. Solamente espera, en silencio.

Cómo me exaspera esta gente, tan poco decidida hasta para comprar un cacho de pan.

El gordito que estornudaba mientras tanto jugaba a la pelota y me molestaba mientras yo intentaba concentrarme en algo, en algo que ya no recuerdo.

Adjudico el olvido al gordito, y un poco ya lo detesto.

El tipo sigue en su indiferente pose de seducción.

¿Qué pasa en este lugar?

¡Cómo se les nota que fingen!

Me levanto, pero no puedo salir de donde estoy, por las sillas amontonadas. No sé cómo logré entrar al llegar.

Se les nota la hilacha diría acá mi abuela, si no se hubiese muerto.

¿Y si llegase a necesitar algo urgente?

Qué lugar impersonal.

¿Qué es necesitar algo urgente?

¿Con qué grado de urgencia?, me pregunto.

¿Necesita algo urgente?

¿Por qué no lo pide en voz alta?

¿Por qué no saluda al entrar?

¿Por qué no sale y vuelve a entrar, pero ahora por la puerta grande?

Cuántas cosas que te diría, si no fuera por tanto silencio y porque quiero ver en qué termina todo esto.

A alguien se le tiene que saltar el primer tornillo.

¿Qué hace la empleada que no viene? ¿Se habrá ido a la parte de atrás?

Quiero un café; quiero otro café.

Por favor... hola. ¿Le diría a la empleada que me traiga un café?

Me mira con esa cara de haberse tomado nueve téis de tilo que tienen las gentes por acá; usan lentes cuadrados todos iguales y no se mueven con nada.

Algún que otro soplido, una quejita.

Me aburren.

¿Sería tan amable de...?

Voy a hacerme notar, y así esto va a mejorar.

Tendría que golpear algo, toser como un tuberculoso, o por lo menos como un fumador empedernido, para que algo pase.

Toser ya es hacer algo, y eso es mejor que nada.

Toso una vez.

Nada.

Toso de nuevo.

Nada.

Toso otra vez.

A alguien se le tiene que saltar el primer tornillo.

Me subieron mocos desde la garganta a la boca. ¿Y ahora qué hago? No me

gusta escupir, y mucho menos en una panadería. Es un asco.

Silencio.

La taza de café. Me empino la taza de café como quien va a tomar café, y en realidad -lejos de ingerir- expelo en ella.

Ahora sí, ya estoy mejor.

Alejo la taza.

Puedo seguir con lo que estaba.

Sin embargo, esto ya no es lo mismo, ya tomé partido por la clienta ignorada.

El tipo ni se mosquea.

Me acuerdo de Michael Douglas en esa cinta, en ese *film* en el que se enoja y empieza a los tiros.

También me acuerdo de esa otra en la que se volvía adicto al sexo y terminaba internándose, como su personaje en la vida real.

Pero prefiero la de los tiros.

Qué viejo choto.

¿No la atienden?

La voy a tutear, mejor.

¿No te atienden?

Parece que no. (gesto de "parece que no")

¿Cómo te llamás?

Silencio.

¿No te da furia esto? ¿No te produce furia?

¿Qué?

Furia, que no te atiendan. ¿Por qué no vas hasta tu casa, agarrás la metralleta de tu viejo, o la carabina, o el matagatos, algo, y volvés a hacerte respetar?

¿Qué?

Quiero más café.

Ya tomaste café.

Ah, hablar puede.

¿Cuándo te hiciste respetar por última vez?

No sé de qué me habla, señor.

¡Ay ella, ahora me trata de usted!

El tipo escribe.

Mira para otro lado y se queda en silencio.

Claro, qué me tengo que meter yo con esta idiota.

Ya ni me acuerdo por dónde iba, ni la idea de lo que estaba leyendo, ni la página en la que estaba, y ni siquiera de si estaba leyendo o qué cosa cuando ésta entró.

Nunca escarmiento.

Estaba tomando café, pero ahora no hay más café, en la taza hay solamente mocos.

¿Por qué el otro no dice nada? ¿Soy yo el único que ve las injusticias?

¿Cómo llegamos a ser tan estúpidos?

¿Cómo te llamás?

Ni me mira.

Me estoy empezando a enojar. Cierro el libro y lo guardo en mi bolso.

Me levanto, me visto, y trato de pasar por entre las mesas apiladas por la lluvia que afuera sigue cayendo. Me golpeo en la rodilla.

¡Ah!

Me debo haber quebrado la rodilla.

Cómo llueve, qué asco.

Salgo, en silencio, rengueando. Pero vuelvo a entrar.

Me fui sin pagar.

Ahora soy segundo.

Estoy haciendo cola, somos una fila de dos, que es lo mínimo que se necesita para hacer una fila.

Voy a ir hasta el baño, a ver qué onda.

Voy. Me duele la rodilla pero voy. No la tengo quebrada. El tipo ni me mira, pero yo veo que está escribiendo una carta y mirando un libro de ajedrez.

Yo toso, a ver qué onda.

La clienta, nada.

Tengo muchas ganas de mear, me dieron ganas de repente. Unas ganas repentinas.

Entro al baño casi corriendo. ¡Qué lejos que queda el baño en esta panadería-cafetería!

En el baño está la empleada, que se queda petrificada cuando me ve entrar bajándome la bragueta, pero ya no puedo parar, cuanto más cerca más ganas.

¿Qué estabas haciendo?

¿Qué hace?

Estoy meando, y la puerta no se puede abrir porque yo estoy meando, y la empleada que se asusta porque yo estoy meando.

Ni que hubiera visto a Drácula, soy solamente un tipo meando.

Qué bueno, me llena de placer vaciar la vejiga.

La vejiga se vacía y yo me lleno de placer, a la vez.

Ni la miro. Miro para abajo, un poco hacia adelante. Ya está, terminé.

¿Por qué no atiende a la gente? Le digo, y voy guardando.

Este es el baño de hombres, le digo.

Y volvemos a lo nuestro.

Ya está, eso es todo, no me acuerdo más. ¿Me puedo ir ahora?

4.

- ¿Y cuál es la diferencia entre uno y otra?

- Depende.

- ¿Interrogación o entrevista?

- O charla.

- Desigual.

- A veces.

- ¿Ahora?

- No, ahora no.

- ¿Seguro?

- No.

- ¿No qué?

- Seguro que no.

- ¿Que no qué?
- Que no lo puedo asegurar.
- Ahí está.
- Ahí está.
- ¿Nunca?
- No preguntes más.
- Me dijiste que lo hiciera.
- Te dije que podías.
- Yo no te dije que podías...
- Pero yo no lo puedo evitar.
- ¿Y entonces?
- Que eso es así.
- ¿Y entonces?
- Entonces nada.
- ¿Vos te escuchás?
- ¿Y vos me escuchás?
- Casi siempre.
- Es poco.
- Empecemos.
- Sí; lo de siempre.
- ¿Vos sos Victoria?
- No me nombres.
- Tenés cara de dormida...
- No te importa.
- Está bien.
- Casi todas las mesas vacías. ¿Y la empleada?
- Sentate...
- Así está bien.
- ¿Quién te contactó?
- Recibí la carta.

(Hace un gesto múltiple, que de a poco compromete a todo su cuerpo.)

- ¿Estás bien?
- Tengo algo alojado en mi cabeza.
- ¿A qué distancia?
- Al fondo.
- La mayor distancia es el tiempo...
- Estoy mojada porque vine de cara al cielo, caminando sonriente.
- ¿Y antes?
- Vine corriendo por la avenida. No sé por qué, pero me detuve acá. Sonó un disparo, y los perros ladraban.
- Mostrame, a ver...
- Yo me duché rapidísimo y vine para acá; todavía tengo los dedos manchados.
- No importa. ¿Mentiste?
- Sí. Me está dando frío. ¿Y la chica?
- En el baño, ya viene.
- ¿Y éste? Ni se mueve.
- Déjalo. Siempre fuiste una mina inteligente. Eso me dijeron.
- Vos no me conocés. Dame un beso.
- Ni hablar.
- Dale, sin pensarlo.

(Alguien va a entrar, pero se arrepiente)

- ¿Dónde dejaste el coche?
- A ciento ochenta grados, ahí afuera.
- Bien.
- ¿Ahora?
- ¿Trajiste todo?
- Sí. ¿Te lo muestro?
- No. Esperame, voy al baño.
- Me quedo acá.
- Cuando salgo, empezamos.

- Yo me quedo con este.
- Yo me encargo de la empleada.
- Va a ser bastante fácil.
- Sí.
- No podemos fallar.
- No, no creo que podamos.
- Repitamos. (Repiten en voz baja y luego crescendo) “Quitarle aire al cerebro, las culpas son ajenas, esconder la cabeza en una agujero, quedarse con las ganas de preguntar, prendé el televisor, irse antes, hacerse el que no entiende qué pasa, llegar cuando ya hay gente, esquivar los momentos de intimidad, estar lo menos posible en casa, prendo el televisor, hacerse el desentendido, hablar poco, hablar demasiado, mucho vino barato, la culpa la tiene mi autoestima, no mirar a los ojos, faltar, elegir el transporte que más tarde hasta casa, leer las necrológicas y nada más, autoausentarme, usar como escondite el prejuicio ajeno sobre mí, la culpa la tiene mi orgullo (que no es mío). Hacerse el que no, quitarle aire al cerebro, las culpas son ajenas, esconder la cabeza en una agujero, quedarse con las ganas de preguntar, prendé el televisor, irse antes, llegar cuando ya hay gente, esquivar los momentos de intimidad, estar lo menos posible en casa, prendo el televisor, hacerse el desentendido, hablar poco, hablar demasiado, mucho vino barato, la culpa la tiene mi autoestima, no mirar a los ojos, faltar, elegir el transporte que más tarde hasta casa, leer las necrológicas y nada más, autoausentarme, usar como escondite el prejuicio ajeno sobre mí, la culpa la tiene mi orgullo (que no es mío) Quitarle aire al cerebro, las culpas son ajenas, esconder la cabeza en una agujero, quedarse con las ganas de preguntar, prendé el televisor, irse antes, llegar cuando ya hay gente, esquivar los momentos de intimidad, estar lo menos posible en casa, prendo el televisor, hacerse el desentendido, hablar poco, hablar demasiado, mucho vino barato, la culpa la tiene mi autoestima, no mirar a los ojos, faltar, elegir el transporte que más tarde hasta casa, leer las necrológicas y nada más, autoausentarme, usar como escondite el prejuicio ajeno sobre mí, la culpa la tiene mi orgullo (que no es mío) ”

(Suenan explosiones, voces y ladridos. Todo se apaga).

Ella- Mi... mi manera de ver las cosas, o mi manera de expresar y estar con el mundo es una que él no conoce.

Una de las muchas que no conoce.

Yo soy una.

Creo que, para hablar en serio, no me conoce.

Sabe algunas, pero las que le quise mostrar.

A su tiempo.

A su debido tiempo.

Pero un día dije basta y empecé a esconder partes de mí a sus ojos.

Hago cosas que nunca hago frente a él.

Pienso y no se lo digo. Hago a escondidas. Digo en voz baja.

Me protejo.

Me meto cosas adentro.

Me cierro.

Si quiere entrar, no lo dejo.

No sabe de todas las veces que quise escaparme.

No sabe que todas las veces (que quise quedarme) no pude escaparme.

Pero no lo dejo.

Viene -o voy-, (estamos un poco, nada nuevo, hacemos como que nos hablamos o imaginamos, yo mientras tanto pienso cosas, maquinalmente le contesto y parece que me manejo bastante bien para poder dialogar con él y conmigo a la vez, le guiño un ojo, hago gestos, me quedo callada, compartimos.) Lo que todos.

Pero yo soy una bolsa de secretos. Una bolsa así como de consorcio llena de secretos. Secretos basura.

Chorreando jugos.

Grande, de consorcio, negra, de plástico. Irrompible. Resistente, por lo menos.

Para mirar adentro mío me tiene que romper, me tiene que abrir.

No creo que lo haga, porque debe saber que abierta soy más peligrosa, con lo podrido para afuera sería más peligrosa.

Pero, ¿sabe?

Sí.

¿Cuánto?

¿Sabrá que sé que lo sabe?

Y mientras tanto me lleno de espejos rotos, olor a perros mojados, agua helada y moscas creciendo en mi cabeza.

Cuando se termina vemos que escriben la palabra

Fin.